



ALICIA  
GIMÉNEZ BARTLETT  
**HOMBRES DESNUDOS**

PREMIO PLANETA 2015



Alicia Giménez Bartlett



# Hombres desnudos

*Premio Planeta*  
*2015*

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Alicia Giménez Bartlett, 2015  
© Editorial Planeta, S. A., 2015  
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: noviembre de 2015  
Depósito legal: B. 16.612-2015  
ISBN 978-84-08-14787-9  
Composición: Víctor Igual, S. L.  
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)  
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Me importa muy poco, ya no lo quiero. En estos momentos incluso me asalta la duda de si alguna vez estuve enamorada de él. Quince años de matrimonio, eso es lo malo: la sensación de tiempo perdido; aunque ¿qué hubiera hecho durante esos quince años de no haber estado casada con él? No lo sé; nadie está capacitado para adivinar el pasado, pero mucho menos para conjeturar cómo hubiera sido el pasado en caso de variar algunos de los componentes de nuestra vida. Debo de ser una mujer extraña; en vez de estar llorando a lágrima viva, mi sentimiento más intenso es la curiosidad. Quizá solo pretendo ser diferente para no engrosar una nómina muy común: la de esposa abandonada. El asunto admite pocas interpretaciones: me han abandonado. Mi marido me ha dejado por otra más joven, más guapa, más alegre y optimista que yo. Al parecer es una chica sin problemas, fresca y lozana como una flor. Traductora simultánea en congresos. Rubia, sin un céntimo. Probablemente inexperta en amores, debido a su juventud.

La escena final fue muy intensa, como sacada de un

culebrón barato. Yo estaba casi segura de que él tenía un lío, y cuando me dijo, muy serio, que debíamos hablar, ya me imaginé cuál sería el tema. Sin embargo, nunca hubiera podido esperar aquella confesión tan típica, con un guion tan articulado, tan de hombre maduro en crisis amorosa. Debí de estudiarla en un manual: *Cómo despedirte de tu legítima mujer*. Perdí un poco los nervios, pero no me arrepiento. Me he pasado la vida ejerciendo el autocontrol. Creo que ni siquiera cuando me trajeron al mundo lloré. En la maternidad del hospital estaban encantados conmigo: «¡Qué niña tan buena, qué formal será!». Lo cierto era que no tenía motivos para llorar: mi familia era rica y yo, la primera hija de una pareja ideal. Él, brillante. Ella, hermosa. No podía saber entonces que mi hermosa madre moriría poco tiempo después, de un cáncer fulminante. Pero me quedaba papá. Papá trabajaba mucho en su empresa, aunque siempre se ocupaba muy bien de mí: cariñoso, complaciente, daba órdenes taxativas a mis cuidadoras y les pedía cuentas cuando regresaba al hogar. Yo no cogía rabieta ni era presa de ataques de mal humor. Papá llegaba cansado después de todo un día de tensiones y yo no quería hacer nada que le contrariara, que lo llevara a lamentar volver a casa conmigo, tan contentos y tan unidos los dos. No quería que al día siguiente se quedara trabajando hasta más tarde y yo no pudiera abrazarlo por estar ya en la cama. Papá siempre olía bien, a colonia con extracto de madera de sándalo. David nunca olió así. A veces olía a sudor reconcentrado de despacho, como los ejecutivos de medio pelo al término de la jornada laboral. Hubiera sido siempre un muerto de hambre de no ser por papá, por la empresa, por mí.

—He estado pensándolo mucho, Irene. Hace tiempo que las cosas no van bien entre nosotros. Vivimos juntos, somos civilizados y nos ayudamos el uno al otro si surge algún problema; eso es verdad, pero no es suficiente. El matrimonio exige o debería exigir algo más. Ya no sentimos ese cariño mutuo que hace de la vida algo trascendente. No hacemos el amor. Tengo cuarenta y seis años, soy joven aún, necesito otra vida. Damos la cara en público, pero entre nosotros ya no hay nada. ¿Qué futuro me espera si seguimos juntos? El trabajo no lo es todo para mí. Siento dolor y nostalgia cuando veo parejas que se besan en la calle, cuando alguien me cuenta que está enamorado, cuando observo cómo la gente se ama con pasión. Pero no te voy a engañar; es posible que si no hubiera aparecido esta mujer, tú y yo habríamos seguido, tal y como estamos, hasta el final. Pero los hechos son los hechos y he conocido a esa mujer.

¡Los hechos son los hechos! ¡Qué hijo de puta! Ha conocido a una mujer. ¿Cómo se atreve siquiera a mencionarla delante de mí? Lo hubiera abofeteado en ese mismo momento, como se hacía en otros tiempos con un criado que se había pasado de la raya, que te había ofendido, que te había robado un objeto de valor. ¡Es joven aún, pobre idiota, debe de sentirse un verdadero galán!

—Se llama Marta. Es traductora simultánea de inglés. Trabaja en una empresa. Nunca ha estado casada. No quiero tener una relación paralela con ella estando contigo. Me he enamorado, Irene; por muy duro que suene, así es. Debemos ser maduros y afrontar la realidad. Nuestro matrimonio llevaba años roto. Siento una pena enorme al decirte estas cosas, pero es imprescindible ser sincero. Quizá si hubiéramos tenido hijos nuestra evolución ha-

bría sido diferente, pero resulta inútil lamentarse. Fuimos felices en su día y eso es lo que cuenta. Tú también eres joven, tienes la empresa, y si lo desearas podrías rehacer tu vida sentimental. Sé que te inclinarás por lo más sensato, como siempre. Eres una mujer equilibrada y prudente.

Lo habría insultado utilizando expresiones del lenguaje más grosero, más soez; pero estaba demasiado estupefacta como para reaccionar. ¡Si hubiéramos tenido hijos! Algo que jamás me había reprochado hasta el momento. Hijos, ¿qué hijos? ¡Cuánto me alegro ahora de que los posibles hijos no llegaran! Mi intuición siempre me dictó que no tuviera hijos con ningún hombre, ni con él ni con nadie. No había hombres como papá. Cuando murió me di cuenta enseguida de que era el último hombre de verdad que pasaría por mi vida. Dice que sigo teniendo la empresa, y es cierto, empresa que siempre he impulsado hacia delante, aunque me vienen tentaciones de pensar que David me abandona por la recesión mundial. Soy otra víctima de la crisis. Él está convencido de que me voy a ir al traste. Prefiere saltar del barco antes del hundimiento. Muy bien, no es novedad. Nunca creí que se casara conmigo por amor. Era un pobre desgraciado cuando lo conocí, un abogadillo sin futuro, un buscavidas que encontró el cielo abierto conmigo. Ha prosperado trabajando en mi empresa, gracias a papá, gracias a mí. No lo hizo mal, pero cualquiera en su caso lo hubiera hecho de modo parecido, quizá mejor. A ver cómo se las compone a partir de ahora en su nueva vida de hombre joven aún. «Eres una mujer equilibrada y prudente», me ha dicho. No conoce la dignidad. ¿Quién le ha dado permiso para soltarme toda esa retahíla de vulgaridades? ¡El amor, qué importante, un

elemento capital! «Puedes rehacer tu vida sentimental.» ¡Qué basura! ¿Desde cuándo habla así, como en una película de serie B, como en un maldito folletín del siglo pasado? Lo que yo haga o deje de hacer con mi vida sentimental no es asunto de su competencia. No le dije nada de eso. En aquellos instantes me resultaba difícil hablar con él, era un desconocido. ¿Quince años? Parece evidente que en quince años no se conoce a una persona. Como si nos hubieran presentado anteayer. Cuando él acabó de hablar, creo que esboqué una sonrisita irónica, y luego le espeté en tono tranquilo:

—Por supuesto, quedas despedido de la empresa. Buscaremos otro abogado, no será difícil. En cuanto a las acciones que te corresponden, te haré una oferta razonable por si quieres venderlas.

Hice una pausa que él aprovechó para murmurar un comentario sobre la frialdad de mi reacción, tan típicamente mía por otra parte.

—En cuanto a la casa, tienes una semana para sacar tus cosas de aquí. Ven a recogerlas cualquier mañana, yo no estaré.

Continuó con los comentarios. Esperaba mis palabras, sabía que yo iba a actuar así. No era más que un pedazo de hielo, una mujer sin corazón. Le pedí que se largara. Una semana para recoger sus cosas me parecía un plazo más que generoso.

—No me olvido de que la mitad de la casa es tuya —añadí—. Cuando el negocio vuelva a ir mejor, haremos un contrato de compraventa. De momento, yo me quedo donde estoy.

Esta vez no replicó. Enfiló la puerta con aire muy digno y se fue. La verdad es que no le había dicho gran cosa,



pero ¿para qué iba a hablar más? Él ya había agotado las fórmulas melodramáticas. Ni se me hubiera ocurrido abundar en aquel terreno de tópicos malolientes. Tengo que seguir viviendo conmigo misma, y me hubiera perdido el respeto de haberme puesto a su altura. No quería verlo de nuevo. Tiré a la papelera, rota en mil pedazos, una nota que me envió días después, remachando su idea:

«Compréndeme, Irene. No podría volver a mirarme en el espejo nunca más de no haber tomado esta decisión».

De acuerdo, David, mírate ahora el resto de tu vida en ese espejo maravilloso. Espero que te guste lo que ves. No hay nada que comprender. Ni se me pasó por la cabeza contestarle la nota, claro está.



Se duermen. Lo que les cuento les aburre tanto que se duermen. Veo cómo se les velan los ojos, cómo su mente flota en dirección a lugares desconocidos para mí. San Juan de la Cruz, santa Teresa de Jesús, la mística española. No me extraña que se aburran. ¿Qué tienen que ver sus vidas con las visiones teresianas, con la fundación de conventos? Nada. Internet. Twitter. Facebook. ¿Qué ejemplos puedo ponerles para que al menos tengan una vaga idea de lo que estoy diciendo? No se me ocurren, probablemente no existen. A la postre se quedan con la pura anécdota: santa Teresa levitaba al rezar, se elevaba en el aire cargado de incienso, se le aparecían ángeles con espadas flamígeras que le traspasaban el corazón. Ni siquiera esas imágenes básicas las acercan al contexto

real del sentimiento místico. Mis alumnas trasladan cualquier mística a sus submundos de fantasía a la moda: piensan en una santa Teresa con poderes extrasensoriales, casi embarcada a bordo de una nave espacial. Se representan a los ángeles como esos vampiros bellos y adolescentes que protagonizan películas de éxito. Si intento decirles que un raptó místico es como una concentración extrema de la mente que acaba produciendo la abducción de los sentidos, les suena a chino. No creo que ninguna de ellas, ninguna, se haya concentrado ni cinco minutos seguidos en toda su vida. Les resulta muy difícil centrar la atención en algo. Lo suyo es la dispersión, poder conectarse con diez personas a la vez aunque no tengan nada que decirse. ¿El éxtasis místico?: no sabe, no contesta. Lo de *éxtasis* les suena a una droga que no deben tomar, porque estamos en un colegio religioso y ese tipo de prohibiciones las tienen muy interiorizadas. Es el término *místico* lo que intento inútilmente explicar.

La literatura clásica ha dejado de interesarles tal y como se enseña. Para ellas el pasado no existe, solo reciben algún atisbo gracias a imágenes cinematográficas, televisivas, pero piensan que eso no tiene nada que ver con su mundo. Las comedias de Lope no les parecen ingeniosas, ni divertido el *Buscón*, ni interesante Jorge Manrique. No ven ningún sentimiento trágico de la vida en Unamuno y tampoco la sonoridad cadenciosa de los poemas de Machado se acopla a su oído. «Mil veces ciento, cien mil. Mil veces mil, un millón.» No sienten su belleza melancólica.

A veces lo comento con mis compañeros en la sala de profesores, pero sus opiniones no me sirven. Sueltan le-tanías que ya he oído muchas veces. Los más radicales

se cargan de un plumazo a toda una generación: «Solo piensan en frivolidades. Lo tienen todo. Sus padres no les han enseñado el valor de las cosas». Los conformistas buscan consuelos genéricos: «Hay que tener paciencia. Sin darnos cuenta, les vamos inculcando el gusto por el saber, y va quedando un poso que se conserva al cabo del tiempo». Suelo proponer soluciones más drásticas: cambiar los programas o, mucho mejor, que los programas no existan. Buscar obras que se adapten a la nueva sensibilidad de estas chicas, independientemente de que los escritores pertenezcan a una u otra corriente, época o país. Siempre me ponen verde, como si yo fuera un revolucionario que pretendiera acabar con el sagrado orden natural del conocimiento. En el fondo solo pretenden mantener sus puestos de trabajo, el sueldo a fin de mes, una mínima seguridad.

Yo hubiera debido hacer lo mismo, sobre todo viendo lo que sucedió después, aquel final de curso, justo antes de acabar las clases. La directora del centro me llamó a su despacho.

—¿Sabes para qué te he llamado, Javier?

—No sé, madre, por algo de las clases, supongo.

—Es algo de las clases, y no bueno. Estamos contentos contigo. Las alumnas te aprecian, has llevado bien el temario y nadie duda de tu profesionalidad. Pero ya ves cómo está la situación de este país. Somos un colegio concertado y dependemos en gran parte de las subvenciones del ministerio. Los recortes presupuestarios nos afectan como a los demás. Al final, todo queda justo y contado para que llevemos adelante nuestro proyecto educativo. El caso es que nos vemos obligados a suprimir las clases de refuerzo, exceptuando las de Matemáticas.

Cuando iniciamos la experiencia novedosa de las clases de Literatura de refuerzo, los tiempos eran otros; pero espero que lo comprendas, ahora resultan un lujo difícil de mantener. Sin embargo, te queda todo el verano para buscar otro empleo. Te indemnizaremos según marca la ley, por supuesto. No será mucho, como solo has trabajado a tiempo parcial... ¿Tu familia puede ayudarte?

—Mis padres se mataron hace años en un accidente de coche.

—¡Dios santo, qué tragedia! ¿Te dejaron algo con lo que puedas contar ahora?

—Eran trabajadores; lo poco que dejaron ya se esfumó.

—¿Tienes hermanos?

—Una hermana mayor que trabaja fuera. Está casada, lleva su vida, casi nunca nos vemos. Pero vivo con mi novia, que tiene trabajo.

—Mi consejo es que te pongas enseguida a preparar oposiciones para la enseñanza pública. Es la mejor solución.

—Casi no hay convocatorias, usted lo sabe.

—Dios te ayudará, Javier, porque eres un buen chico. De todas maneras, hablaré con administración para que te paguen el verano completo. Es lo máximo que podemos hacer.

—Gracias, madre.

Debo de ser imbécil, acabé dándole las gracias. Tampoco iba a servirme de mucho montarle un follón. Me aconseja que haga oposiciones, como si yo no lo hubiera pensado, pero siempre me desanimó tener que demostrar que soy bueno, competir con los demás. Además, ponerse a estudiar requiere dedicarse a ello al cien

por cien, y yo tengo que ingresar dinero cada mes. Mi padre me decía que me hiciera abogado. Él era albañil, y convertirse en abogado le parecía el culmen del éxito social. Una extraña fijación, podría habersele antojado que cursara Arquitectura, Medicina, pero las leyes eran para él el colmo de los colmos. Mi madre, más romántica, solo deseaba que yo fuera feliz en cualquier futuro que escogiera. El coche en el que ambos viajaban se salió de la autopista en un tramo sin curvas. No llovía ni había niebla. Casi con toda seguridad mi padre se adormiló. Se dirigían a un apartamento que habían alquilado en la costa para pasar unos días de vacaciones. Una historia triste y vulgar, como tantas. Mi hermana lloró mucho, pero en cuanto salió del tanatorio regresó con los suyos, y es verdad que casi no he vuelto a verla más. La única familia que me quedó fue mi abuela, y no dejé de visitarla nunca una vez a la semana, hasta que el año pasado murió de un infarto repentino. Fue con mi abuela con quien comenzó esta pesadilla. La vida es imprevisible, la vida es una mierda después de todo.

Para la directora del colegio, su proyecto educativo es prioritario. Solo le importa que sigan aprendiendo los niños ricos. Eso hubiera debido decírselo en el momento de mi despido, pero no se me ocurrió. Ni eso ni ninguna otra cosa que sonara reivindicativa. Mi padre quería que fuera abogado, pero no lo habría hecho bien. Nunca se me ocurren réplicas ni frases brillantes, no soy peleón. Tampoco ser abogado me hubiera garantizado un buen puesto de trabajo en los tiempos que corren. Sandra es economista y está empleada como administrativa.

Aquella noche la esperaba en casa, como siempre. Llegó muerta de cansancio, como siempre también. Me

besó en la boca. Se sorprendió de que a aquella hora y en aquella época del año no estuviera corrigiendo ejercicios de mis alumnas. Le pedí que se sentara y le conté la conversación con la directora del colegio. Lo primero que hizo fue echarse a llorar.

—¡Las cosas nos iban demasiado bien! —dijo—. Yo tengo trabajo y tú te sacabas un dinero aunque fuera a tiempo parcial. Ya me dirás qué vamos a hacer ahora.

Luego se enjugó las lágrimas y se puso furiosa.

—¡Malditas monjas! A la mínima echan a la gente a la calle. ¿No se les ha ocurrido que podrían repartir los sueldos y no suprimir ninguna clase? Mucha historia con educar a las generaciones futuras y luego se portan como auténticas ratas.

Al final se apaciguó y se volvió razonable, incluso animosa.

—No te preocupes, Javier, no pongas esa cara. Nos arreglaremos. Me he indignado porque me dan mucha rabia todas las cosas que van sucediendo con total impunidad. Parece que todo esté permitido. Es injusto. Tú siempre te has tomado a esas chicas muy en serio, querías que aprendieran, que leyeran, que comprendieran la literatura. Pero nos arreglaremos. De momento, te dan un dinero. Luego tienes dos años de cobrar el desempleo. Será muy poquito, pero algo es. Yo sigo ingresando mi sueldo, que nos da para vivir. En dos años, muy mal tendrían que ir las cosas para que no encontraras otro empleo. No te digo que vaya a ser de profesor de Literatura, mírame a mí, pero algo encontrarás. Que no cunda el pánico. Todo cambiará.

Así acabó aquel día aciago. Es verdad que todo cambió. Fue el comienzo de una nueva época para mí.

Ni siquiera sé por qué estoy aquí. Soy un maldito sentimental, o como decía mi abuela, que tanto me quería, soy «un chico con mucha sensibilidad». Solo un año la ha sobrevivido su amiga del alma. Unas vecinas me han comunicado su muerte. Encontraron mi número de móvil en la lista mugrienta que la anciana conservaba sobre el aparador. He venido sin dudarlo, aun sabiendo que se trata de un homenaje absurdo. He sentido pena por aquella pobre mujer. Mi abuela y ella se hacían mutua compañía, se ayudaban en lo que podían, charlaban a diario. Ambas habían sido tocadas por el rayo de la desgracia. En el caso de mi abuela, una hija y su marido muertos en accidente de tráfico. Los traumas de la señora Juana eran más complicados, menos exhibibles, incluso claramente vergonzantes: un hijo muerto por sobredosis y su mujer en la cárcel, nunca supe el motivo. Sin embargo, las dos desgracias eran de tal envergadura que cayeron sobre ellas como una maldición y las singularizaron frente a la comunidad, confiriéndoles un estatus superior. El resto de las viejas que vivían solas en el barrio solo podían presentar quejas vitales que entraban dentro de lo habitual: la soledad, los achaques, el deterioro progresivo, la escasez de dinero, los recuerdos de cuando todo iba mejor. Mi abuela y la señora Juana no, ellas contaban con una enorme reserva de desgracia que pesaba como un petate militar. Además de los inconvenientes de la edad, a los que debían hacer frente como todo el mundo, ambas cargaban con el fardo terrible de dos hijos muertos en la flor de la vida, y ninguno de los dos de muerte natural. Aquello las dignificaba ante los ojos ajenos, encaramán-

dolas a la aristocracia del dolor y la vejez. Semejante distinción las hacía acreedoras de muchas atenciones por parte de los vecinos: les compraban el pan y la fruta, iban al consultorio de la Seguridad Social para renovarles las recetas de medicamentos y habían hecho la promesa formal de avisar a sus nietos si algo sucedía. A mí, en el caso de mi abuela, a Iván, en el de la señora Juana.

De los dos, yo era el nieto bueno. La visitaba cada domingo, sin fallar jamás. Llegaba sobre las cinco y me largaba a las siete. La abuela me daba de merendar, como a un niño pequeño. Siempre lo mismo: galletas de chocolate compradas en el supermercado y Coca-Cola en envase de litro, algo desvaída porque ella ya había empezado la botella. A menudo no me apetecía en absoluto ir a verla, pero iba igual. Sandra me miraba con cara de no entender: «Desde luego, Javier, ¡tienes una moral!». Es cierto que tenía mucha moral, porque lo procedente era quedarse el domingo en casa, leyendo tranquilamente, sin dejarse machacar por ninguna obligación moral. Supongo que la pérdida de mis padres me llevó a experimentar carencias familiares, y aquella mujer vieja era mi única familia, aparte de mi hermana, que tiene la suya propia y nunca se deja ver.

De vez en cuando se sumaba la señora Juana a aquel festejo dominical de galletas y Coca-Cola. Por eso sabía yo que su nieto se llamaba Iván y que era el nieto malo de la reunión. Nunca iba a verla. A lo sumo se presentaba en casa de su abuela la noche de Navidad, a horas intempestivas, cuando la pobre señora Juana ya había acabado de cenar, preguntándole si no iba a invitarlo ni a una miserable copa de celebración. «Solo viene para enredar», decía ella. Yo lo había visto en una ocasión, y lo recorda-



ba difusamente: un tipo de mi edad, con pinta de chulo de barrio, delgado, fibroso, un arete en el lóbulo de la oreja y el pelo muy rapado.

Y allí estaba yo, en aquel tanatorio medio vacío, participando en los ritos funerarios de la señora Juana: un cubículo pequeño, con su ataúd tapado y un montón de coronas de flores a los pies. Las vecinas me contaron que la difunta pagaba un seguro mensual para tener un entierro digno y un nicho en el cementerio, nada de cremación. Supongo que la opinión de las vecinas también me influyó para asistir. Ya que era «el nieto bueno», poco costaba conservar aquella reputación hasta el final. Y el final de mi abuela era aquel. Tras la muerte de su amiga, todo vestigio de su existencia se extinguiría por siempre jamás. Pero estaba deseando marcharme, todo era cutre a morir: las palabras rutinarias del cura, con las imprescindibles alusiones a la despreciable vida terrenal, a la deseable vida eterna. Las flores pagadas por la muerta, la ausencia de dolor real en todos los que allí estábamos... En la primera fila veía la espalda de un tipo que debía de ser Iván. Justamente él complicó mi huida cuando había concluido la ceremonia. Se acercó a mí, me tendió la mano.

—¿Qué tal, Javier? ¡Qué detallazo que hayas venido! Te lo agradezco de verdad, tío. Mi abuela siempre me hablaba de ti. Decía que tú sí eras un nieto como es debido. Me contó que eres profesor. Oye, mira, no sé cómo decirlo; pero es que ahora, después de este coñazo de cura, hay que ir al cementerio para el entierro, como mi abuela no quería que la quemaran ni de coña... Todas esas brujas de las vecinas no van a venir, claro. Así que me voy a quedar solo con el cura, ese cabrón. ¿Tú no podrías

seguir enrollándote bien un poco más y acompañarme? Es que si me quedo con el cura delante sin nadie más, es capaz de pegarme una bronca o algo así.

Hubiera debido negarme, pero mi mente se resiste a decir *no*. Si alguna vez he tenido que hacerlo, paso un rato fatal. Además me hizo gracia la ocurrencia de aquel tal Iván: que el cura le pegara una filípica por haber sido malo era una idea descabellada, una locura en el fondo divertida. Así que fui con él. A la salida del camposanto, agradecido y feliz por que el cura no le hubiera reñido, se empeñó en invitarme a beber algo en un bar. Accedí a eso también; al fin y al cabo, ahora era un desempleado que no tenía nada mejor que hacer.

—¿Tu madre no ha podido venir al entierro, Iván?  
—intenté sonsacarlo.

—Mi madre está enferma.

Este lo sabe, joder, sabe que mi madre está en el trullo. La abuela debió de ponerle la cabeza como un bombo a la suya. Lo que no sabe es que ya casi ha cumplido la condena y la dejan salir. Está en el psiquiátrico de la prisión, pero de vez en cuando la dejan salir. No me ha dado la gana de decirle que viniera al entierro de su suegra. ¿Para qué? Hubiera tenido que ir a buscarla yo. Al principio iba alguna vez. Me llamaban de la trena para que fuera, los servicios sociales o algo así. La esperaba a la salida y era igualito que en las pelis: ella pasándome su petate y yo abriendo el capó. Estaba hecha una mierda: con unas bolsas debajo de los ojos que daban grima. El último día que fui llevaba una blusa de manga corta y se la veía tan flaca que parecía que le habían metido los brazos en el cocido y se los habían sacado cuando ya no quedaba sustancia. Total, que no volví. Desde que cum-

plí los quince años la he visto muy poco. Me busqué la vida yo solo, joder. Estaba hasta la polla de sus problemas con las drogas. Ya mi padre lo vi menos aún. ¡Qué familia, joder! ¡La Sagrada Familia! Tendrían que hacerles una iglesia tan grande como la de Gaudí. Aquí este Javier igual se cree que yo también ando en el mundo de las drogas. A la que pueda le digo que ni hablar. La verdad es que, siempre oyendo que él era un nieto tan bueno, había pensado que sería un gilipollas; pero parece un buen tío. Que se portara bien con su abuela no quiere decir que sea por narices un gilí. Yo a veces también pensaba que tenía que ir a verla, a la pobre; pero luego llegaba el momento y me entraba una pereza de cojones. Ya sabía lo que iba a pasar y lo que me iba a decir: «¿Comes bien, te vas a la cama a tus horas, andas metido en algo malo?». Y siempre insinuando que la culpa de toda la movida la tenía mi madre. Su hijito no, su hijito cascó por sobredosis de puta casualidad. Dios se lo llevó con Él de tan bueno que era. La borde era mi madre, la drogota, que cazó a mi padre y lo llevó por el mal camino. ¡Anda y que te follen, abuela! Si te has muerto creyendo eso, bien engañada te has ido.

—Tú eres profesor, ¿verdad? Profesor en un colegio de monjas.

—Soy profesor, sí.

¡Menudo elemento, este Iván! A saber qué acudirá a su mente cuando dice «profesor». Debe de ser de los que ven series americanas en la tele. Por la cara tan formal que ha puesto sin duda me imagina con el birrete colocado, el día de la graduación. Aunque ha tenido que estar escolarizado. Quizá era de los violentos que amenazaban al profe de Matemáticas, que pinchaban las ruedas al co-

che del director. Me mira con cara de alucinado. Tiene los ojos vivos y potentes. Parece un tipo listo después de todo. ¿A qué se dedicará? Puede ser cualquier cosa: monitor de gimnasio, mecánico de coches. No creo que sea vendedor. Tiene porte orgulloso, aspecto de no querer convencer de nada a nadie, de no aceptar por las buenas a quien tiene delante. Haga lo que haga, lo suyo es un papelón existencial: padre muerto por sobredosis, madre en la cárcel. ¿Se sentirá un hombre atormentado? Quizá nunca echa la vista atrás. Ahora voy a tener que decirle que me he quedado en paro. Será la segunda vez que se lo cuente a alguien. La primera fue a Sandra. ¿Me molesta confesarlo? Creo que sí. Antes, cuando no había crisis y todo el mundo tenía trabajo, quedarse parado se tomaba como un incidente sin demasiada importancia. Uno se ponía a pensar en qué haría a continuación: buscar otro empleo, ampliar los estudios, cambiar de actividad. Ahora no, ahora todos sabemos que si pierdes tu trabajo pasas a formar parte de un club del que no se sale con facilidad. Es como declarar que padeces una enfermedad incurable. Es como reconocer que eres otro de los imbéciles que no han sabido superar los malos tiempos, esos de los que solo salen indemnes los más fuertes, los más listos, los mejores. Pero a Iván no voy a decirle nada de eso, porque dejará de verme como a un honorable profesor, comprenderá que ando montado en la misma realidad que él. He decidido que Iván me cae bien. Es divertido oírlo hablar.

—¿Te han echado las monjas? ¡Joder, tío, vaya tela!

¡Un profesor y lo echan! ¡A la puta calle! ¿Cómo van a respetar los chavales a sus maestros si ven que pueden largarlos sin más? Pero ahora es que están echando a

todo el mundo: médicos, abogados..., ya no sirve de nada tener estudios. A este van y lo ponen de patas en la calle las monjas. ¡Ya decía yo que este tío me cae bien! Yes que no trago a monjas ni a curas. Al principio no conocía a ninguno, porque en mi casa no iban a misa ni nada de eso. Pero cuando mi madre ya andaba enganchada a las drogas, le dijeron que fuera a la parroquia porque había un cura joven que era muy enrollado y la podía ayudar. Yo aún era pequeño, pero a veces me tocaba acompañarla, otras veces iba mi padre también. Era para que, estando con toda la familia, se desenganchara más fácil y empezara a llevar una vida normal. Creo que mi padre dejó de ir enseguida, pero yo seguí, y me daba una vergüenza del carajo estar allí diciendo chorradas con otros críos, sabiendo que todos estaban por lo mismo que yo. El cura enrollado me miraba como si le diera mucha pena, como si fuera un corderito al que llevaran al matadero: «¡Pobrecito nene, que su mamá es drogota! Gracias a Dios que ha pedido ayuda a Dios y ha venido a la casa de Dios y aquí todo dios va a estar de puta madre!». Menos mal que mi madre se había apuntado a aquella vaina solo con la idea de sacarle al enrollado los cuartos. Y algo le sacó, lo justo para comprar farlopa dos meses más. Después no volvió. Pero yo a los curas ya los tenía retratados, y ahora este Javier me cuenta lo de las monjas, que deben de ser igual pero en tías, o sea, peor. Este chaval es un buen tío. Voy a ver si puedo echarle una mano, joder, aunque solo sea por los coñazos que le haya aguantado a mi abuela alguna que otra vez: «¿Comes bien, duermes bien, andas metido en algo malo?». Yo a este tío lo ayudo. Me cae bien.

—Oye, Javier, tío, ¿por qué no me pasas tu número de móvil? ¿Tienes WhatsApp, estás en Facebook? De vez

en cuando podemos darnos un toque y tomar una birra, ¿no? ¿Qué haces? Guarda tu dinero, tío. Te invito yo. ¡Solo faltaría eso, joder!



Ya se ha enterado todo el mundo de que me separo, y todo el mundo sabe por qué. No he comentado nada salvo a mis amigos más cercanos, pero da igual, la gente está informada. Voy a la empresa a trabajar y me miran de un modo extraño. Se sienten violentos delante de mí. Algunos se ven obligados a hacer un comentario. Si David no hubiera sido el abogado de la empresa guardarían silencio, fingirían. Pero así resulta demasiado obvio, y los que tratan conmigo diariamente creen que están en la obligación de soltarme alguna frase de condolencia. Es divertido, porque no encuentran la manera de hacerlo, ni por dónde empezar. He pensado incluso en redactar una nota como hacen los famosos en sus blogs: «Por diferencias irreconciliables y después de muchos años de felicidad y fructífera convivencia, no tengo más remedio que anunciar el final de nuestro matrimonio. A pesar de ello, seguiremos siendo amigos». Luego desestimé la idea porque no soy famosa, y por tanto, no tengo que dar explicaciones a nadie. No me importa lo que piensen. He llamado a mi despacho al encargado de personal y le he anunciado que David causa baja en la empresa. Su cara traslucía la lucha entre la discreción y la curiosidad. «Voluntariamente», he añadido. El hijo de puta de Javier me ha puesto en una situación difícil. Estaría muy bien contarles a todos que me deja por otra; pero ¿cómo hacerlo?, ¿en plan doliente y victimista, llena de ira, intentando ser

graciosa, irónica y comprensiva: «Ya se sabe que a cierta edad los hombres necesitan que una chica joven les diga lo maravillosos que son»? Ninguna de esas fórmulas me gusta, aunque quedarse callada puede ser peor. No quiero que nadie crea que mi dolor es tan grande que intento ocultar lo ocurrido.

La reacción de las parejas de amigos con las que salíamos habitualmente ha sido cautelosa. Hemos visto separarse a muchos durante los últimos años. ¿Qué hacíamos entonces los que permanecíamos unidos? Hago memoria y lo que recuerdo es una única y reiterada obra teatral. Lo de menos eran las circunstancias de la pareja en cuestión, la representación se repetía siempre igual: primero, solidaridad con el más afrentado o débil, si lo había. Después, demostración de equidad: «No tomaré partido por ninguno de los dos». En tercer lugar nos relajábamos y empezaba un cotilleo sin fin sobre los recién separados. Que los demás se separasen te hacía sentirte bien muy en el fondo. Los que continuábamos casados reforzábamos nuestros vínculos con el mundo de la gente feliz. Siempre había bromas: «No creáis, cualquier día envío a este señor/señora a hacer puñetas. ¡Hasta la coronilla me tiene!». Empujoncitos en el hombro, besos robados, protestas, risas. Todos estábamos orgullosos de seguir en la brecha. Que nuestros matrimonios duraran mientras otros se rompían no solo denotaba amor conyugal a prueba de desgaste, sino también estabilidad emocional, madurez, inteligencia, responsabilidad.

No recuerdo bien sobre qué versaban los cotilleos, pero eran parecidos de una separación a otra. Cuando intervenían «terceras personas», como en mi caso, los comentarios eran más divertidos; pero había un muestrario

para cada ocasión: uniones demasiado largas que provenían de un casamiento con el primer novio/novia, problemas económicos, cansancio a causa de la convivencia..., imposible ser demasiado original, porque los contratos matrimoniales no admiten variaciones excesivas, vienen siendo iguales a sí mismos desde el Paleolítico. En compensación, no éramos demasiado vulgares en nuestros chismes. Glosábamos la psicología de los separados, salían a colación detalles significativos que alguien había presenciado y que ya presagiaban un final abrupto. Señalábamos el modo equivocado de hacer las cosas, por parte de uno de los cónyuges o de los dos. No se trataba de una cháchara de café, nadie decía horteradas ni se excedía en las críticas. Solo cuando el tema parecía agotado podía surgir alguna broma subida de tono, sin mala intención. Pero el tema no se agotaba con facilidad. En cada salida de fin de semana volvía a surgir. Un solo divorcio podía dar para meses, incluso un año si contaba con algún componente más excitante de lo normal.

Pues bien, ahora todos esos chismorreos civilizados tratarán sobre mí, sobre David, sobre los largos años de nuestro matrimonio. Seguro que salen a colación los fallos que ambos hemos cometido como pareja. Seguro que los diagnósticos serán certeros, incluso los tratamientos que hubiéramos podido aplicar para seguir juntos. Demasiado tarde. Desde que David y yo nos separamos he salido con el grupo de amigos un par de veces, a cenar en el restaurante del club. No pienso hacerlo más. Me aburre el disimulo que se fuerzan a emplear, las conversaciones falsamente neutras, la comprensión y deferencia que me demuestran. Imagino lo que dirán cuando no esté presente. Me fastidia comprobar que soy como to-



dos, igual de corriente. Eso es algo que nunca le perdonaré a David, que me haya convertido en una abandonada más, como hay miles.

He salido otras veces solo con mujeres. Una a una, esas amigas me han resultado más soportables. Se esfuerzan menos en la hipocresía. Las casadas me cuentan cosas negativas de sus vidas, para compensar: problemas con el marido o los hijos que quizá exageran para crear un vínculo solidario conmigo. Las divorciadas me dan consejos: cómo aguantar el primer chaparrón, de qué modo afrontar la soledad. Todas afirman estar encantadas de haberse librado en su día del esposo. Todas disfrutan como locas de su nueva independencia, de su libertad, de no tener que rendir cuentas a nadie. Nunca les pregunto cómo consiguieron esas vidas tan fastuosas porque sé que lo tomarían a mal. Supongo que en realidad viven como todo el mundo, haciendo lo que pueden y pasando los días. Si la felicidad femenina consistiera en casarse y después divorciarse para así comprender y valorar la libertad, todas las mujeres lo harían, pero no es así. De las que se divorcian, quien más quien menos ha tenido que replantearse temas económicos. Las que tienen hijos se las han visto y deseado para suplir roles, para doblarlos. Incluso las que han sido promotoras de sus rupturas se han topado con problemas que nunca antes habían tenido que encarar. De modo que calma, no me cuentes que eres la mujer más feliz del mundo, querida amiga, porque tengo más de cuarenta años y no te voy a creer.

¿Cómo me siento, cómo estoy, cómo lo llevo después del abandono? No lo sé. Me gusta acostarme sola por la noche. La cama que habíamos compartido durante tan-

tos años ahora es solo para mí. Me coloco en diagonal, abro los brazos en cruz. Estoy cómoda. Puedo encender la lamparilla a media noche, poner la radio sin miedo a molestar. Acostarme sola me proporciona paz. Despertarme sola por la mañana es peor. Abro los ojos y noto un encogimiento en el pecho. Pienso en las acciones que voy a hacer a continuación: levantarme, tomar una ducha, preparar café, escoger la ropa, vestirme. Siento una desazón incomprensible, una enorme pereza. Me quedaría entre las sábanas un rato más. Ya he llegado tarde a la oficina tres veces.

¿Echo de menos a David, a la persona de David, a él con su carácter, con su modo de hablar, de caminar, de mirar? Creo que no. Experimento una cierta nostalgia por tener a alguien al lado, sin más. Hay un espacio que noto vacío; supongo que eso es la soledad. A mí David no me molestaba, hubiera podido seguir casada con él toda la vida. A pesar de trabajar en la misma empresa nos veíamos poco. Teníamos horarios diferentes. Yo cenaba y él no. Yo veía la tele y él se enfrascaba en el ordenador. Yo me iba pronto a dormir y él se quedaba leyendo un rato. Los fines de semana íbamos al club, pero él jugaba al golf y yo al tenis. Cenábamos en el restaurante con el grupo de amigos, nunca solos los dos. En vacaciones visitábamos algún país extranjero, brevemente. Luego, la casa de verano: él al golf y yo al tenis, natación para ambos. No dábamos románticos paseos por el campo ni organizábamos veladas íntimas, solos frente a las velas. Ninguno de los dos parecía añorar esas cosas. Al principio de nuestro matrimonio hacíamos el amor con frecuencia. Más tarde, él seguía teniendo ganas y yo no; los encuentros se fueron espaciando hasta llegar a desaparecer. A mí me

parecía normal. Nunca he sido una mujer muy fogosa. Nunca me había acostado con nadie, antes de David. Ni siquiera cuando estudiaba Económicas en la universidad me interesó el sexo. Nunca me sentí atraída por nadie. Soy fría, lo sé. Un psicoanalista me diría que el motivo es haber crecido sin madre. Una estupidez. Hubiera podido continuar casada con David toda la eternidad.

Papá me decía siempre: «Lo importante es contar con un proyecto de futuro. Nosotros somos privilegiados porque tenemos la empresa, y esa es una buena razón para vivir». ¡Pobre papá! Morir a los setenta años es absurdo hoy en día. Hay gente que llega tranquilamente a los cien. ¿Por qué tuvo que tocarle a él? Ahora la empresa va cada vez peor, menguan los pedidos, hay impagados... Si él estuviera a mi lado me diría qué hacer. Mi proyecto de futuro se oxida poco a poco y encima me he convertido en una abandonada, como hay miles. Creo que estoy empezando a odiar a David. Dudo de que pueda perdonarlo. Con su abandono me ha dejado en la trinchera sin munición, sin ganas de disparar. Largándose con su jovencita traductora simultánea me ha colocado en una posición incómoda, y si hay algo que deteste con todas mis fuerzas es la incomodidad. Nunca hago cola en ninguna parte. Tomo un taxi en vez de coger mi coche para no tener que aparcar. No he cambiado de criada en años porque no hubiera podido soportar tener que explicarle a la nueva cómo quiero que haga las cosas. La incomodidad es, además, una pérdida de tiempo, y yo he perdido muchos años junto a David.

